

CAPITULO VII

HISTORIA Y CRÓNICA

La Historia en el siglo XVII. — Péréfixe. — Mézeray. — Saint-Real. — Las Memorias del Cardenal de Richelieu. — Enrique de Rohán. — Arnaldo de Andilly. — La Rochefoucauld. — Gourville. — La Señorita de Montpensier. — Luis XIV. — El abate de Choisy. — Madama de La Fayette. — Madama de Caylus. — De Retz. — Tallemant des Réaux. — Madama de Motteville. — Dangeau. — Saint-Simón.

Correspondencias. — MADAMA DE SÉVIGNÉ. — Carácter de la mujer y de la escritora. — El corazón y el ingenio. — Periódicos. — Un artista de palabras. — La prensa bajo Luis XIV. — Los gaceteros rimadores. — Loret. — Los continuadores de Loret. — La Gaceta de Teofrasto Renaudot. — El *Mercurio Galante* de Visé. — Las Gacetas de Holanda. — Vaubán y los periodistas.

Los cronistas del siglo XVII se mostraron más curiosos con respecto á su época que á sus antepasados. Nos la han referido con complacencia, y sin cuidarse casi nada de las épocas anteriores. No conoció dicho siglo grandes historiadores; con un egoísmo amable, que inspiraba el egoísmo del momento, nos ha transmitido retratos, escenas, cuadros de sí mismo, en memorias y en correspondencias, relatos que el presente lega al porvenir; no sintió la viva curiosidad de salir de su sombra ni de dejar de contemplar su brillo para admirar sus orígenes y antecedentes, y poner en claro las leyes y la filosofía de los desarrollos, retrocesos y progresos de las sociedades.

Á semejanza de la Edad Media, no sintió el menor interés por todo lo que no le tocaba inmediatamente, y esta abstención es el efecto lógico de la inferioridad que manifiestan, en general, las razas de Occidente en materia de anales. En comparación con las razas orientales, que conservan los recuerdos del pasado hasta las épocas más remotas y cuyas crónicas refieren hechos anteriores en muchos millares de años, las nuestras ponen de relieve su falta de memoria y son sumamente recientes, si las comparamos con las antiguas colecciones de los indios. Nuestra historia de Francia no se remonta muy alto y es una ciencia moderna.

Hay que distinguir en el siglo XVII el grupo poco numeroso de historiadores, la legión de escritores de memorias, algunas correspondencias históricamente útiles, y, por último, algunos periódicos cuya consulta puede ser interesante.

Recordemos, en materia de historia, las obras de Du Haillán, á quien tuvo en gran estima Enrique IV; de De Serres, abreviador del anterior; de C. Sorel, historiador de Luis XIII; de Escipión Dupleix, que escribió, en 1619, las *Memorias de las Galias*. El arzobispo Péréfixe (1603-1671) merece un puesto entre los historiadores por su curiosa *Historia de Enrique IV*, por más que fué especialmente sacerdote y preceptor, y que debió su mayor fama á su brillante carrera de preceptor del delfín, confesor del rey (cuando el delfín llegó á ser Luis XIV), miembro de la Academia francesa, obispo de Rodez, arzobispo de París y provisor de la Sorbona. La vida sólo tuvo para él sonrisas y fué subiendo cómodamente toda la escala de los honores. De tanta gloria en vida nada queda hoy, y nadie lee la *institución de un Príncipe ad usum Delphini*, ni la *Historia de Enrique IV*.

El único nombre algo considerable que hallamos en este período es el de Mezeray (1610-1683); ha dejado el recuerdo de un hombre franco y brusco, cuya brusquedad es ya garantía de sinceridad, de probidad y veracidad, en su *Historia de Francia*, que sería hoy menos curiosa y más útil, si fuese menos adornada y florida. En cuanto á la exactitud documental, la estimaba menos que las formas retóricas, y decía de los errores que le indicaban en su libro:

— Sólo los notarán los sabios, lo cual no tiene importancia.

Su verdadero apellido era Eudes. Su hermano fundó la secta de los Eudistas. El tomó el nombre de Mezeray, y otro hermano suyo, el cirujano, el de Douay. Eran naturales de Ri, cerca de Seez. Terminados sus estudios, halló un empleo de comisario de guerra que no era de su agrado. Frecuentó algunos salones en los que dió pruebas del ingenio que también sembró en sus folletos y mazarinadas de la Fronda.

¿Por qué le atrajo la historia? No se descubre otra razón sino la persuasión en que estaba de que, antes de él, todo había sido mal hecho, y de que él estaba llamado á crear el género. Estudió las historias publicadas, especialmente la *Francia metálica* ó la historia de Francia por medio de las medallas, falsas en su mayor parte; puso un cuarteto¹ á guisa de sumario á la cabeza de cada reinado, desconoció las fuentes latinas, puso en solfa á sus predecesores, Du Haillán, Belleforest y el

1. Una cosa análoga hizo el P. Isla que, en su elegante traducción de la historia de España puso al frente de cada capítulo sus famosos versos pareados:

Libre España, feliz é independiente,
Se abrió al cartaginés incautamente, etc.

(N. del T.)

P. Mathieu, y publicó uno tras otro, en 1643, 1646 y 1651 tres volúmenes de su *Historia de Francia* que le abrió los tesoros de los Archivos, las puertas de la Academia francesa, y el bolsillo de Richelieu. Después de la Fronda, que le distrajo de sus trabajos, dándole motivo para escribir toda clase de disparatados folletos, volvió á la historia, haciendo un *Compendio* de la suya. Su *Historia de los Turcos* tiene muy poco interés.

Hay un rasgo que le honra y es su odio á los asentistas generales, y la osadía con que se atrevió á escribir en tiempo de Colbert, que aquel sistema arruinaba al pueblo sin enriquecer al príncipe. Semejante intrusión en la política de su país le costó su pensión, pero no le desalentó, y desarrolló sus ideas en una *Historia de las Exacciones ilegales*, que no se publicó ¹.

Puso aparte el último dinero que cobró de su pensión y escribió en el papel:

— Este es el último dinero que he recibido del rey; él ha dejado del pagarme y yo de hablar de él, ni en bien ni en mal.

Gustábale hacer paquetitos de esta clase con destino determinado. Tenía en un cajón dos escudos de oro envueltos en un papel, destinados uno de ellos á alquilar un puesto en una ventana de la plaza de Grève el día en que ahorcasen á un asentista, y el otro para beber á la salud del ahorcado.

Este odio á la gente financiera era vigoroso. En la Academia, en una comisión del Diccionario, quiso que se pusiese en la palabra contador:

— Todo contador es digno de la horca ².

Tuvo que renunciar á su proposición y añadió:

— Borrado, aunque es exacto.

Era un hombre original y andaba tan mal vestido por las calles que parecía un indigente. Cierta día le detuvieron como tal los arqueros, y la equivocación le encantó en lugar de irritarle, porque le gustaban las aventuras extrañas. Solamente que, como no quería que pasase más adelante la broma, dijo á los soldados:

— Me siento demasiado cansado para ir á pie, pero tan pronto como le pongan á mi carroza una rueda que le falta, tendré el mayor placer en ir en vuestra compañía adonde queráis.

Era algo borracho y mujeriego. Todos los días iba á una taberna de La Chapelle, á cuyo dueño nombró legatario universal. Fué su última excentricidad.

1. Nuestro célebre historiador Mariana había dado ya pruebas, en sus estudios políticos y económicos, de una entereza de ánimo que le acarreó disgustos y persecuciones. (N. del T.)

2. Esto nos recuerda aquel gracioso rasgo de una comedia de Bretón:

¿Quién es el santo varón Veinticinco abuelos cuento
Que diga con juramento Y ninguno fué ladrón?

(N. del T.)

El siguiente, es decir Saint Real (1639-1692), fué más bien novelista histórico que historiador. Fué una especie de Dumas padre. Arregló, compuso, y animó con más imaginación que exactitud. Aún podemos apreciar hoy día el encanto literario de *Don Carlos*, novela histórica; no puede sacarse ningún provecho de sus relatos, de la conjuración de los españoles contra Venecia ¹, de la de los Gracos, de la de Epicaris contra Nerón ó de la vida de Octavia, hermana de Augusto. Es disertó, más bien que sólidamente documentado, y más artístico que científico.

Debió mucho á los consejos de Varillas, que tuvo envidia de sus triunfos y riño con él.

Saboyano pesado y lento, tuvo que luchar consigo mismo para aclimatarse en París y en Londres, sin conseguirlo. Presentado á la linda sobrina del cardenal Mazarino, Hortensia Mancini, le ofreció escribir su historia, y Hortensia se dejó hojear para que su historiógrafo pudiera componer su panegírico. Vivió á su lado en Londres, con Saint-Evremond, pero no tardó en cansarse y se volvió á su Saboya. En la corte de París no le fué mejor, á pesar del aire cortesano que adoptaba y que le hacía á veces decir fúnebres ocurrencias, como el día en que dedicó á Luis XIV su *Vida de Jesús*, diciéndole:

— Señor he aquí el único modelo que se os puede proponer.

Víctor Amadeo II, rey de Cerdeña, cuyo súbdito era, le encargó misiones secretas que le procuraron un buen lugar en la corte. No supo sacar provecho de su situación y se retiró al terruño saboyano, donde murió de despecho al ver que ya le daban la preferencia á Vertot.

* *

Los autores de memorias compensaron esta penuria de historiadores, y sería muy largo el citarlos á todos. Sólo mencionaremos á los principales.

Las *Memorias históricas sobre el Cardenal de Richelieu*, inspiradas por él mismo, llevan la imagen de su pensamiento, que puso al descubierto en su *Testamento político*, juzgado de esta suerte por La Bruyère:

Abrid su testamento político. Digeridlo. Es la pintura de su alma que allí se revela por completo. Allí se descubre el secreto de su conducta y de sus

1. Acerca de esto hay curiosos é interesantes datos en el libro del hispanófilo señor Mérimée sobre Quevedo. (N. del T.)

acciones: allí se hallan la fuente y el origen verosímil de tantos y tan grandes acontecimientos como ocurrieron bajo su administración; allí se descubre fácilmente que un hombre que piensa de un modo tan visible y tan exacto, pudo obrar con seguridad y con éxito, y que el que llevó á cabo tan grandes cosas ó no escribió nunca ó debió escribir como lo ha hecho.

Es una de las confesiones más útiles para conocer á fondo al más misterioso de los diplomáticos, que no se deja llevar de la pasión sino en presencia del papel, confidente de su sinceridad.

Las *Memorias* pesadas y vigorosas de Enrique de Rohán y de Arnaud de Andilly, muy austeras y desprovistas de todo adorno; las de La Rochefoucauld, relación animada y pintoresca de la Fronda, con retratos de verdad brutal ó encantadora; las de Courville, redactadas con el buen humor de un burgués rico, hábil y feliz, de quien decía madama de Sévigné que el señor de Marcillac le recibía para explotar su vanidad. « Tenía á Courville, á quien paseaba como un río por sus tierras, para procurarles substancia y fertilidad » —; las de la señorita de Montpensier, que llevan, como su autora, fieltro con plumas; las *Memorias* de Luis XIV de las que no trazó ni una palabra el Rey Sol, y que no permiten juzgarle como escritor; las *Memorias* del abate de Choisy, que escribe como una mujer; tenía un talento agradable y lleno de atractivo para pintar la corte de Luis XIV, que vió de cerca; las *Memorias* de madama de Lafayette, discretas, lindas, con vestido exquisito; los *Recuerdos* de madama de Caylús, sobrina y confidenta de madama de Maintenón, experta en el arte, tan estimado entonces, de los retratos: he aquí algunos hermosos ejemplares de este género, muy cultivado entonces con el mayor esplendor y talento, cuando los autores de memorias se llamaban Retz ó Saint-Simón¹.

Muerto Richelieu y habiéndole seguido de cerca Luis XIII, cayó el poder real en manos de un niño de cuatro años. Entonces estalló una reacción violenta contra el sistema político del Cardenal.

La generación que llegaba, demasiado joven para haber podido someterse al yugo de Richelieu, irguió la cabeza, ansiosa de independencia.

Pudo esperarse una revolución. Mazarino, que sucedió á Richelieu, como primer ministro, se hizo impopular creando nuevos impuestos para atender á los gastos de la guerra de Treinta años y también para acrecer su propia fortuna. Tal fué el pretexto de la Fronda.

1. En España, según hemos indicado en el libro *Arte de escribir* (1907) escasea mucho esta clase de *Memorias*, tan útiles para la historia. (N. del T.)

De Retz fué el botafuego, el alma turbulenta de aquella sociedad nueva, á la que perturbó el ejemplo de los ingleses amotinados ante el cadalso de Carlos I.

Juan Francisco Pablo de Gondi (1613-1679), cardenal de Retz, parecía predestinado á muy distinta vocación. Nacido en Montmirail, el 20 de septiembre de 1613, un día en que « habían cogido un esturión en un riachuelo que regaba las tierras de su familia », fué educado por san Vicente de Paúl; su padre, deseoso de verle suceder á su tío Gondi, como arzobispo de París, le impulsaba á recibir las órdenes.

Pero el joven, que poseía « el alma menos eclesiástica del universo », no tenía la menor gana de dedicarse á la Iglesia, y no tardó en demostrarlo.

Tuvo duelos, aventuras galantes, hizo una vida altamente libertina y estuvo á punto de hacerse asesinar en Venecia por el marido de una señora muy bonita.

La voluntad de su padre permaneció inflexible, á pesar de los desarreglos del joven, que tuvo que resignarse.

Había trabajado, y acababa de hacerse recibir doctor de la Sorbona, con el número 1, habiendo triunfado de un protegido de Richelieu, « que quería ser amo en todo y de todo ».

Vistió la sotana, predicó su primer sermón, no sin éxito, y tomó gusto al oficio, porque empezaba á lisonjear su ambición el arzobispado de París.

Decidido ya á conciliar todas las cosas con la satisfacción de su gusto, el sacerdocio no le impidió ser hombre galante y conspirador.

Había escrito á los dieciocho años una historia de la *Conspiración de Juan Luis de Fiesque*, que acogió Richelieu, diciendo al autor:

— ¡ He aquí un ingenio peligroso !
Este relato, escrito con vigor, no era aún más que una magnífica disertación, pero en ella se revelaba á las claras la personalidad de Retz.

— Juan Luis de Fiesque, descendiente de una de las más antiguas casas de Génova, poseedor de más de doscientos mil escudos de renta, de veintidós años de edad, dotado de una de las inteligencias más brillantes del mundo, ambicioso, atrevido y emprendedor, llevaba una vida muy contraria á sus inclinaciones. Como estaba apasionado de la gloria y como no perdía ocasión alguna de adquirirla, sólo pensaba en el medio de procurársela. Pudo lisonjearse creyendo que su mérito le abriría seguramente el camino de la gloria á que aspiraba sirviendo á su país, si el extremado poder de los Dorias le hubiera dejado esperanza de poder obtener un empleo... Todas estas consideraciones, hicieron nacer en el corazón de Juan Luis el propósito de destruir el poder de la familia Doria...

Tal era el estado de ánimo del joven Gondi.

Cuando murió Richelieu, después de negarse á nombrarle arzobispo de París, se hallaba designado para una empresa análoga a aquella que se le echaba de valiente y enamorado esto es, para desempeñar un papel importante en la agitación facciosa.

Basta oírle referir su vida en sus admirables *Memorias* dirigidas á una desconocida, tal vez á madama Lefevre de Caumartin, que con frecuencia le había pedido que las escribiese. Al final de su vida quiso quemarlas por penitencia, pero sin embargo han llegado hasta nosotros.

Las *Memorias* de De Retz no son más que la lucha entre bastidores del singular drama de la Fronda; en primer término, rebelión sorda del Parlamento, que empezó á reunirse para tratar los negocios públicos y que imitaba á los escolares que se pelean en los fosos de París, los cuales se dispersan cuando ven al teniente civil, y vuelven á reunirse cuando éste desaparece. Viene luego el segundo período, la guerra civil de los príncipes contra Mazarino, que tuvo que salir del reino hasta que el pueblo de París le volvió á llamar, cansado de las exacciones de Condé.

Es un espectáculo muy complejo el que se desarrolla de 1643 á 1653, durante el cual Retz desempeñó primero el papel de revolucionario ambicioso y de jefe de partido ansioso de popularidad y más enamorado « de ostentación, dice La Rochefoucauld, que de verdadera grandeza ».

Nombrado coadjutor de París, nos refiere sus intrigas, los conciliábulos á que asistió á fin de organizar la rebelión en las calles de la capital. Sus esfuerzos para propagar, con madama de Longueville, el movimiento sedicioso en las provincias, sus disputas con Mazarino, á quien detestó, no cansándose de sostener contra él, primero para lograr su arzobispado y segundo para suplantarlo en el favor de la reina Ana de Austria, « la de las lindas manos », una lucha formidable, y conduciéndose siempre como dramaturgo que sabe que « nada conmueve y agrada tanto al público como la variedad de los espectáculos... ».

En medio de sus intrigas, aquel embrollador era un Don Juan, afortunado á pesar de su fisonomía poco amable. Tallemant des Reaux decía de él que era « un hombrecillo negro, miope, de mal cuerpo, feo y torpe en todo, hasta el punto de que no sabía ni siquiera abrocharse ». Las damas parecen no haberse fijado mucho en ello. « Madama de Bouillon, que era mujer muy alegre, se arrojó un día á mi cuello, dice, y me besó muy tiernamente. » Á pesar de lo que el confesor destruyó del manuscrito y que sólo se refería á aventuras galantes, aún quedó lo suficiente para demostrar que Retz sabía hacer lo posible para endulzar « el pesar que su profesión mantenía constantemente en el fondo de su alma ».

« Yo no podía pasar sin galanteos », dice. Y después de referir una aventura que tuvo con la señorita de Vendôme, que tenía un aire de se-

riedad y languidez que enamoraban, « no oculta que sus ocupaciones eclesiásticas alternaban con otras algo más agradables. »

« Aquel prelado que llamaba á sus pistolas « su breviario de cintura » carece de prestigio. Hasta le han acusado de haber faltado al secreto de la confesión para distraer á las damas. Ya nos ha hecho saber « su aversión hacia su profesión ». Sin embargo « guardaba en todo el decoro debido », nos dice, puesto que « los mismos devotos decían, confirmando las palabras del señor Vicente (de Paúl), que yo no tenía bastante piedad, pero que no estaba demasiado lejos del reino de Dios ». Por lo que hace á su papel de conspirador, no llegó á ser un Catilina. Sedicioso, frívolo y falto de vocación religiosa, escribe :

— He tomado parte en los motines y los he promovido, porque los había predicho, y fomenté un movimiento revolucionario porque me opuse á la conducta que le dió nacimiento.

Declaración singularmente netá de un faccioso indeciso, que no sabe lo que quiere, que sólo obedece á su capricho « que se divierte con todo, no halla placer en nada, que parece ambicioso sin serlo » (La Rochefoucauld), y que, según propia confesión, fomenta revueltas por « la inclinación que le impulsaba con tanta vivacidad al placer y á la gloria ».

En la Segunda Fronda, Retz ha sentado la cabeza y trata de apagar el incendio que había encendido. Ya no existe el agitador, se ha transformado en negociador lleno de moderación. Gracias á él vuelve la corte á París. Mazarino le había prometido el capelo de cardenal.

Condé fué detenido y encarcelado en Ruán. Mazarino olvidó su promesa hecha á Retz, que, dueño de París, quiso vengarse. Obtuvo de la reina la destitución del ministro y el capelo deseado. Se fué Mazarino, pero volvió Condé á París, y dió en tierra con el poder de Retz. Este fué encerrado en Vincennes. Trasladado á Nantes, logró evadirse, viajó por España, estuvo en Roma, « persiguiendo siempre al favorito victorioso, según la frase de Bossuet, con sus tristes é intrépidas miradas »; sus *Memorias* se cortan bruscamente durante su permanencia en Roma.

Muerto Mazarino, Luis XIV dió á Retz la abadía de Saint-Denis, le hizo someterse, y volvió á Francia. « Al fin, escribía el monarca, es un súbdito fiel, que da muy excelentes pruebas de su fidelidad y que muestra la mayor aplicación y habilidad para el bien y el servicio del Rey. »

Encargado de misiones delicadas en Roma cerca del papa, las desempeñó como diplomático hábil.

En su vejez se hizo ermitaño, se retiró á Commercy y pagó cuatro millones de deudas, lo cual arrancó á madama de Sévigné este grito de admiración : « Nadie le dió semejante ejemplo, ni nadie le imitará »;

compuso obras de piedad, y murió en 1679, en París, adonde había venido con motivo de un pleito.

De esta suerte vivió el cardenal de Retz, « espíritu romántico, en busca siempre de aventuras extraordinarias », decía la duquesa de Nemours, « y no menos valiente que Condé » añade Reaux, recordando que el príncipe tuvo que ceder un día el campo en París al turbulento coadjutor.

Escribió sus *Memorias* con la misma franqueza y la misma impetuosidad que ponía en todo, revelando en ellas todos los rasgos de su carácter y todas las cualidades y defectos de su naturaleza.

Se ve en ellas al conspirador, que revive, sediento de gloria, en su estilo desigual, lleno alternativamente de luz y de sombra, con fulgores que proyectan inmensa claridad sobre los personajes y los hechos.

Su lenguaje está lleno de colorido y vida, abunda en expresiones afortunadas, tiene mucha viveza y está esmaltado de imágenes que le dan animación.

No aspiraba al ministerio, dice, « porque no era digno de la reina elevar á él á un hombre que estaba, por decirlo así, cubierto aún con el polvo y el humo de la facción. »

Habría que citar los diecisiete retratos con que da principio al relato de las turbulencias, galería en que las figuras aparecen de tamaño natural, retratos tan bien matizados, modelados y acabados, que son puras obras maestras.

He aquí á Richelieu, « cuya juventud hizo presagiar su mérito »... No era liberal, pero daba más de lo que prometía, y sazónaba admirablemente sus beneficios. Sigue Mazarino, de carácter enteramente opuesto, á quien escogió la reina á falta de otro, y que se las echó de Richelieu, aunque sólo fué un impudente imitador... Previa bastante bien el mal, porque tenía mucho miedo. Siempre se dejaba ver la villanía de su corazón, hasta tal punto que sus cualidades : el ingenio, la insinuación y el buen humor, parecían en la adversidad ridículas, y no perdían en la prosperidad el carácter de falsía. Con qué arte retrata al duque de Orleans, en cuya debilidad había gradaciones y « pisos ».

Había mucha distancia en él de la veleidat á la voluntad, de la voluntad á la resolución, de la resolución á la elección de los medios, y de la elección de los medios á la aplicación. Pero lo más extraordinario es que, con mucha frecuencia, se paraba en medio de la aplicación.

El mismo talento revela en el retrato de Ana de Austria.

La Reina tenía esa especie de ingenio necesario para no parecer tonta á los que no la conocían. Tenía más acritud que altivez, más altivez que gran-

deza, más desapego al dinero que liberalidad, más apego á las personas que pasión... y más incapacidad que todo lo dicho.

Se adivina la parcialidad del hombre que no ha perdonado ni á Mazarino ni á la Reina. En cuanto al retrato de Turena, hecho sin hostilidad y que es muy hermoso, Retz deja ver en él, sin embargo, como algo del rencor del sedicioso que no pudo contar con el gran general.

El señor de Turena tenía todas las cualidades... Sólo le faltaba una en que no pensó. Tenía casi todas las virtudes como innatas, pero no resplandeció en él ninguna de un modo especial. Se le creyó más capaz de estar á la cabeza de un ejército que de un partido y yo también lo creo, porque no era naturalmente emprendedor. Pero sin embargo, ¿quién sabe? Siempre mostró en todo, como en su lenguaje, ciertas obscuridades que sólo se disiparon en las grandes ocasiones y para mayor gloria suya.

¿ Habremos de citar también los retratos de los que sólo presenta de perfil?

En ellos se observa la misma expresión, el mismo modelado, los mismos rasgos exactos, la misma felicidad en las expresiones de que se servía.

He aquí al señor Príncipe de Condé, á quien la naturaleza había dotado de un espíritu tan grande como su corazón, pero que no pudo dar la medida de su mérito porque no llevó la facción hasta donde podía; siempre reaparecía en él el espíritu del frondista y también el del hombre galante.

Madama de Longueville tenía cierta languidez de modales que seducía más aún que el esplendor de otras mucho más bellas. Notábase también esta misma languidez en su ingenio, porque de vez en cuando parecía despertarse éste de un modo luminoso y sorprendente.

Retz es un maravilloso retratista y sabía muy bien lo que decía, cuando escribía : « Es más fácil conocer al hombre en general que á un hombre en particular. »

Sin embargo, era un profundo político cuyas reflexiones críticas hacían presagiar un hombre de estado, si le hubiera sido posible triunfar. El segundo libro de sus *Memorias* debe leerse por completo á este propósito. En él figura, entre otras, la famosa página en que traza el génesis de la Fronda.

Después de haber mostrado en brevísimo compendio histórico y con la mayor alteza de miras cuánto tuvo que sufrir Francia de la monarquía por la nulidad de las instituciones políticas, llega el conflicto de Mazarino con el Parlamento. El primer ministro, que le preguntaba si pretendía poner límites á la autoridad real, sólo obtuvo de él una respuesta evasiva.

Si el Parlamento se hubiera declarado en sentido afirmativo, dice Retz, hubiera desgarrado el velo que encubre el misterio del Estado... especie de silencio religioso y sagrado bajo el cual se sepulta, obedeciendo casi siempre ciegamente á los reyes, el derecho que se teme tener, de dejar de obedecer, á no ser en las ocasiones en que el complacerles sería hacerles un flaco servicio. Apenas empezó á murmurar el Parlamento, se despertó todo el mundo. Al despertar, se buscaron á tientas las leyes, pero no se logró encontrarlas. Entonces se gritó y se armó ruido; las cuestiones á que dieron lugar las explicaciones, de puro oscuras y venerables á causa de su obscuridad, se tornaron odiosas. El pueblo penetró en el santuario, alzó el velo que cubre siempre todo lo que se puede decir y todo lo que se puede creer acerca del derecho de los pueblos y de los reyes, que sólo pueden hallarse de acuerdo en el silencio.

Al pintar la política de Mazarino, « rodeada por todas partes de precipicios », é incapaz de reformas, cosa que agravaba los sufrimientos interiores del reino, añade :

Agrióse el mal; despertóse la cabeza; París se dió cuenta de sí mismo y lanzó suspiros; no se le hizo caso, y entonces cayó en el frenesí.

Las *Memorias* de Retz están llenas de cuadros igualmente rápidos, pintados con brillante colorido; son páginas que revelan una elocuencia real y severa. Su instinto de hombre político inspiró á Retz vigorosas máximas cuya austeridad llama la atención en medio de la trama frívola de sus relatos :

Hay ciertos defectos que revelan la bondad de alma mejor que ciertas virtudes. — Conocía en aquel momento que, en los grandes negocios, la inteligencia nada vale comparada con el corazón. — La mayor desgracia de las guerras civiles es que nos hacen responsables hasta del mal que no se ha hecho.

Frase vigorosa y hermosa, confesión extraña en boca de aquel faccioso, descontento y agitado, que al fin fué vencido.

Hay que admirar á aquel hombre que, después de haber tomado parte en su juventud y aun en su edad madura, como conspirador frívolo, en las turbulencias de la Fronda que fomentó con ligereza, escribió en la soledad, después de su fracaso, con pluma algo vanagloriosa, pero siempre con franqueza y sin hipocresía, las *Memorias* que acabamos de hojear; que se formó un estilo propio, brillante y original y que, según la frase de Voltaire, tuvo « cierta impetuosa de genio ». Sus *Memorias* no pierden nada comparadas con las de Saint-Simón, que no ahondó mucho más que él en el estudio de las almas.

Pero antes de llegar á este último, debo presentar al lector tres nombres por su orden cronológico.

Un hombre de mundo recibido en los salones más brillantes, que sabía escuchar, juzgar á las personas y á las cosas con cierta especial impertinencia, escribir con gracia y mostrarse maldiciente en el grado conveniente; fino, malicioso, verídico como lo es el que refiere con ingenio, y para hacerse valer, lo que los otros han dicho; digno seguramente de fe cuando refiere lo que ha visto; indiscreto casi hasta la desnudez; dotado de un estilo en que no sólo abunda la sal sino también las especias; lleno de naturalidad y no desprovisto de juicio; tal fué Tallemant des Reaux (1619-1692) que, con el modesto título de *Historietas*, nos dejó una mina de divertidas anécdotas acerca de la primera mitad del siglo xvii.

Pertenecía á una familia protestante de la Rochela. Tenía diecisiete años cuando una linda viuda, prima suya, le hizo concebir una viva pasión. Pero dicha dama, de la que él escribió: « Jamás ha habido mujer alguna á quien le guste tanto la adoración », se contentaba con simples homenajes; Tallemant renunció á una conquista demasiado difícil é hizo un viaje por Italia.

Al pasar por Lyon, había ya olvidado de tal suerte á su « inhumana » prima, que su corazón pensaba ya en otras conquistas.

Volvió á París. La señora d'Harambure, su prima, había tenido viruelas y ya no le quedaba de sus atractivos más que « el trato y la fortuna ». Tallemant estaba curado de su amor. Hizo los estudios de derecho, pues su padre le destinaba á la magistratura, pero él prefirió no seguir ninguna carrera. Pidió la mano de Isabel de Rambouillet, cuya dote le permitió llevar una existencia libre de cuidados y de negocios, y entregarse á las letras, al cuidado de su familia y á las distracciones de la sociedad.

Recibido en el hotel de Rambouillet, pudo tratar allí á la mayor parte de los personajes que retrató de mano maestra en sus *Historietas* y hacer abundante cosecha de anécdotas, de ocurrencias, de maledicencias y de informes que nos transmitió para nuestro recreo. Pasa por ser el eco de la marquesa de Rambouillet, la célebre Ardenice :

De ella, dice, he recibido la mayor y la mejor parte de cuanto escribo y he de escribir en este libro.

Empieza el desfile de los personajes á los que pinta de un modo exacto, picante y sabroso, con pintorescas frases.

Salud á la marquesa de Rambouillet :